

FE, ESPERANZA Y DISCIPLINA¹

Elvira Romera *

Las siguientes entrevistas fueron realizadas en el acto de entrega de diplomas a egresados del Programa Nacional de Alfabetización y Educación Básica para Jóvenes y Adultos, que tuvo lugar en la Unidad Penitenciaria N° 24, Florencio Varela.

* Licenciada y profesora de Ciencias de la Educación, Universidad de Buenos Aires. Estudios especiales en Peabody College for Teachers, Nashville, Tennessee, EEUU. Docente en los niveles primario, secundario, terciario y universitario. Asesora pedagógica de la DGCyE.

Crónica de una entrevista al maestro Miguel Ángel Estrella

Entrevisto formalmente, por primera vez, a este viejo amigo. Siempre pensé que era un personaje distinto pero nunca había vivido su presencia de manera tan intensa.

Habíamos pasado varias horas en una cárcel en el medio del campo, en una tórrida tarde de febrero. Miguel había dado un concierto para los reclusos y había hablado largamente con ellos.

Pianista famoso, hoy en Helsinki, mañana en Estambul, la semana próxima en Sydney. Como todos los pianistas famosos...

Embajador argentino ante la Unesco. Reuniones, foros, *cocktails*, visitas para conocer proyectos, representación de nuestro país ante un organismo internacional. Como todos los embajadores...

¿Por qué preguntarle al maestro Miguel Ángel Estrella qué piensa que debemos enseñarle a nuestros niños y jóvenes para tener mañana un mundo mejor?

Justamente porque es una persona distinta. Y muestra en su vida lo que predica continuamente, que el mundo ha perdido la capacidad de amar, “[...] que pocos son capaces de dialogar mirándose a los ojos”, sin vergüenza por tolerar lo intolerable: la desigualdad, la discriminación, las vidas sin destino, la pobreza, la guerra, la incompreensión violenta entre distintas culturas.

Su lucha lleva muchos años, sin claudicar. Padebió dolores muy fuertes: los que le acarreó su vida personal y su compromiso político.

Y salió entero, porque tiene fe, fe en Dios –que declara abiertamente– pero también fe en la humanidad; en el futuro; en el quehacer de los seres humanos de bien, aquellos que saben que existen otros en el mundo; en la música, que es su pasión.

Ante nuestra pregunta sobre qué sería lo principal que debiera enseñarse nos dice algo fundamental, “[...] los chicos deben saber que nosotros sabemos que ellos existen, porque los miramos a los ojos. Y ese mirar produce lágrimas, lágrimas que implican contacto humano, comprensión profunda, no cálculo, ni admonición”.

En un país de ciudadanos, todos debiéramos ser alguien con identidad, con voz y voto; en un país donde se han perdido la mayoría de los derechos para las mayorías, las personas se han vuelto invisibles; pasamos ante la carencia, ante la enfermedad, ante el dolor; sin ver, sin sorpresa, sin dolor, ni siquiera fastidio.

Y en las aulas, ¿miramos a nuestros alumnos a los ojos, sabemos quiénes son, qué les pasa, qué quieren, qué necesitan? “Hemos perdido la comunicación humana” insiste

Miguel, sin dejar de mirarme fijamente, recuperado súbitamente del agotamiento de tantas horas.

A su vez, recomienda que “todos tengan fe en algo más allá de ellos mismos, porque la fe es traer esperanza y acción, pero también disciplina”. Nos insta a enseñar a todos los niños y jóvenes a tener fe en algo trascendente, en los otros, en un mundo distinto que juntos podemos construir. Aunque nos advierte con respecto a los fundamentalismos, religiosos o no, que son una característica de este tiempo: los integristos religiosos occidentales y orientales y el integristo de la voracidad económica, el “sos cuanto tenés”.

Pero también nos convoca a enseñar a todos que nada se consigue sin disciplina.

¿Disciplina? ¡Qué palabra olvidada! ¡Qué palabra desacreditada!

“Nada puede hacerse sin disciplina y sin esfuerzo”, dice este santiagueño-tucumano, nacido y criado en el pequeño caserío de Vinará (Santiago del Estero) y que no ha olvidado sus raíces que no sólo mantiene en los teatros y palacios del mundo, sino que vuelve a ellas todos los años para charlar y matear con sus “hermanos”.

“La disciplina es fundamental, ya me lo decía mi abuela –nos dice–. La disciplina es un acto de responsabilidad por los dones que se tienen, la disciplina sostiene la pasión por las cosas y la fe en que lograremos resultados; disciplina para estudiar, para entrenarse, para manejar los impulsos no buenos que hay en todos nosotros. Mi abuela era muy rezadora porque creía que eso salvaría al mundo, pero también decía que a Dios hay que ayudarlo, hay que trabajar. Ella, que era una gran trabajadora, nos sem-

bró la cultura del trabajo. Pero también nos enseñó a mirarnos a nosotros mismos para reconocer nuestros defectos –confiesa–, a mí me enseñó que no debía ser vanidoso, porque el que recibió un don –en mi caso la música (yo cantaba todo el tiempo cuando niño en mi aldea)– debe compartirlo”.

Pero alguien tiene que ayudarnos a conocer esa fe y esa disciplina, a mantenerlas, a ser capaces de esforzarnos, de trabajar. Y esto “[...] debe hacerse por medio del diálogo que nos permite conocernos, mirándonos fuerte a los ojos, con ese don que es el amor humano que fue reemplazado por el desenfreno por el dinero y por las cosas materiales, con el menor trabajo posible. Una de nuestras tareas fundamentales es enseñarles a los chicos qué es la cultura del trabajo”.

El trabajo de Estrella fue pionero en la educación por el arte, por la música. Ha impulsado Talleres de Música desde hace muchos años, mediante su organización “Música Esperanza” que hoy es enorme y tiene sedes en todo el mundo. Talleres donde la música es una herramienta inmejorable para el crecimiento de las personas.

Y sonrío con alegría, con esa sonrisa que exacerbaba a sus captos cuando fue detenido y torturado. Aquellos que tanto temían su alegría, su tenacidad y su música y también su compromiso por los demás. Y no se equivocaban.

Crónica de entrevistas a internos alfabetizados y alfabetizadores*

El brillo del sol, el verde del pasto, el azul del cielo y los edificios bien cuidados nos hacen olvidar que estamos en una cárcel. Pero sí,

estamos en una cárcel en el medio del campo. Sin embargo, nos convoca un hecho auspicioso: un grupo de internos recibirá su diploma de alfabetizados. Nos reunimos con algunos de ellos. Cristián de 30 años es alfabetizador. Se destaca entre los demás por su utilización del lenguaje y porque explicita claramente los objetivos de su trabajo. Nos dice:

Nuestra labor como alfabetizadores es enseñarles a los chicos a ser más humanos, a crear nuevos valores y humanizar a las personas para que puedan recuperar el espacio del que la sociedad los ha expulsado.

El responsable de que una familia no esté bien constituida es el Estado y las políticas que se aplican. Este mundo puede cambiar y las personas pueden cambiar y en eso la escuela cumple un rol fundamental pero, generalmente, siempre se ha enseñado una cara de la historia. Las cosas pueden cambiar con la educación popular y la alfabetización.

La función de la escuela es generar valores pero dándoles herramientas a los chicos para que puedan discernir entre lo bueno y lo malo.

Me decidí a alfabetizar porque es una herramienta muy importante para humanizar y cambiar a las personas. Soy un convencido de que el mundo y la sociedad pueden cambiar y ser más justos. La educación es todo.

Intervenimos para que se exprese Rubén de 53 años, alfabetizado en otra cárcel.

A los chicos hay que darles una *enseñanza* desde niños. Las normas de los padres son fundamentales para que el chico empiece a crecer y comprender; después recién podrá aprender y

saber. Es una escala. La mayoría de los padres, que están atravesando momentos difíciles, vienen de una subcultura, y la gente que viene de una subcultura no viene con una estructura formada. De acuerdo con la enseñanza recibida, los chicos se van estructurando y formando. Cuando los chicos se crían sin normas y sin un apoyo espiritual, se crían a la deriva.


No deja que lo interrumpamos para que hable un joven que recibirá su diploma y, entonces, continúa: “Vengo de una familia humilde y no tuve una buena infancia. Gracias a las posibilidades que me han dado dentro de la cárcel pude terminar mi primaria, mi secundaria y mi terciaria –soy analista en sistemas– y ahora estoy estudiando abogacía”.

Damos lugar a Carlos, de 25 años, quien está recién alfabetizado:

En este tiempo en el que uno se encuentra acá adentro por el delito que ha cometido, aprende

muchas cosas. Hoy me encuentro recobrando lo que el Estado me estaba debiendo. Yo no había podido estudiar porque mi familia no me había podido dar el apoyo necesario como para ir a una escuela. Éramos ocho hermanos y mi mamá estaba sola y tenía que salir a trabajar para llevar el plato de comida a mi casa. Nunca fui a la escuela.

Aquí aprendí a poder expresar mis sentimientos a mi familia porque ahora les puedo enviar una carta. Antes tenía que contarle mis sentimientos a un compañero que lo pudiera escribir en un papel. Hoy siento un orgullo y una felicidad enorme de haber podido lograr esto.

El acto está por comenzar y ya se escuchan los sonos de la banda de música del Servicio Penitenciario Bonaerense. Con la Bandera de Ceremonias y el Himno nacional asistimos a un ritual como el que tiene lugar en las escuelas, sólo que esta escuela *está entre rejas*. 

* Colaboró en esta nota Walter Romero Gauna

Nota

¹ Esta entrevista fue realizada durante el acto de entrega de 370 certificados a internos que egresaron del Programa Nacional de Alfabetización y Educación Básica para Jóvenes y Adultos, el 16 de febrero de 2006 en la Unidad Penitenciaria N° 24 del Servicio Penitenciario de la provincia de Buenos Aires, ubicada en la Ruta Provincial 53, km 15,5 y calle Buenos Aires, Florencio Varela. Los alumnos han sido alfabetizados por sus compañeros quienes, a su vez, fueron capacitados por voluntarios de la Asociación Música Esperanza –fundada por el embajador ante la Unesco Miguel Angel Estrella– para poder llevar a cabo esta tarea. El programa surgió a raíz de un acuerdo firmado entre el Servicio Penitenciario Bonaerense, la Fundación Música Esperanza y el MECYT, del que participa también la oficina regional Buenos Aires de la Organización de Estados Iberoamericanos [OEI]. Actualmente se están haciendo acuerdos para fortalecer este Programa mediante la DGCYE [N. de C].